

ra destrozado á Federico Ruiz, cuya charla insubstancial y mareante, como zumbido de abejón, se interponía entre ella y su marido. El maldito tenía en aquella época la demencia de *los castillos*; estaba haciendo averiguaciones sobre todos los que en España existen más ó menos ruinosos, para escribir una gran obra heráldica, arqueológica y de castrametación sentimental, que aunque estuviese bien hecha no había de servir para nada. Mareaba á Cristo con sus aspavientos por si tales ó cuales ruinas eran bizantinas, mudéjares ó lombardas con influencia mozárabe y perfiles románicos. «¡Oh! ¡el castillo de Coca!, ¿pues y el de Turégano?... Pero ninguno llegaba á los del Bierzo... ¡Ah! ¡el Bierzo!... la riqueza que hay en ese país es un asombro.» Luego resultaba que la tal *riqueza* era de muros despedazados, de aleros podridos y de bastiones que se caían piedra á piedra. Ponía los ojos en blanco, las manos en cruz y los hombros á la altura de las orejas para decir: «Hay una ventana en el castillo de Ponferrada que... vamos... no puedo expresar lo que es aquello...» Creeríase que por la tal ventana se veía al Padre Eterno y á toda la Corte Celestial. «Caramba con la ventana — pensaba Jacinta, á quien le estaba haciendo daño el almuerzo. — Me gustaría de veras si sirviera para tirarte por ella á la calle con todos tus condenados castillos.»

Villalonga y D. Baldomero no prestaban ni pizca de atención á los entusiasmos de su insubstancial amigo, y se ocupaban en cosas de más substancia.

—Porque, figúrese usted... el Director del Tesoro acepta el préstamo en consolidado que está á 13... y extiende el pagaré por todo el valor nominal... al interés de 12 por 100. Usted vaya atando cabos...

—Es escandaloso... ¡Pobre país!...

Un instante se vieron solos Juanito y su mujer, y pudieron decirse cuatro palabras. Jacinta quiso hacerle una pregunta que tenía preparada; pero él se anticipó dejándola yerta con esta crúelísima frase, dicha en tono cariñoso: «Nena, ven acá, ¿con que hijitos tenemos?»

Y no era posible explicarse más, porque la tertulia se enzarzó y vinieron otros amigos que empezaron á reír y á bromear, tomándole el pelo á Federico Ruiz con aquello de los castillos y preguntándole con seriedad si los había estudiado todos sin que se le escapase alguno en la cuenta. Después la conversación recayó en la política. Jacinta estaba desesperada, y en los ratos que podía cambiar una palabrita con su suegra, ésta poníale una cara muy desconsolada, diciéndole: «Mal negocio, hija, mal negocio.»

Por la noche comensales otra vez, y luego la tertulia y mucha gente. Hasta las doce duró

aquel martirio. Se marcharon al fin uno á uno. Jacinta les hubiera echado, abriendo todas las ventanas y sacudiéndoles con una servilleta, como se hace con las moscas. Cuando su marido y ella se quedaron solos, parecíale la casa un paraíso; pero sus ansiedades eran tan grandes, que no podía saborear el dulce aislamiento. ¡Sólos en la alcoba! Al fin...

Juan cogió á su mujer cual si fuera una muñeca, y le dijo:

—Alma mía, tus sentimientos son de ángel, pero tu razón, allá por esas nubes, se deja alucinar. Te han engañado; te han dado un soberbio timo.

—Por Dios, no me digas eso—murmuró Jacinta, después de una pausa en que quiso hablar y no pudo.

—Si desde el principio hubieras hablado conmigo...—añadió el Delfín muy cariñoso.—Pero aquí tienes el resultado de tus tapujos... ¡Ah, las mujeres! todas ellas tienen una novela en la cabeza, y cuando lo que imaginan no aparece en la vida, que es lo más común, sacan su composicióncita...

Estaba la infeliz tan turbada, que no sabía qué decir: «Ese José Izquierdo...»

—Es un tunante. Te ha engañado de la manera más chusca... Sólo tú, que eres la misma inocencia, puedes caer en redes tan mal urdidas... Lo que me espanta es que Izquierdo haya

podido tener ideas... Es tan bruto, pero tan bruto, que en aquella cabeza no cabe una invención de esta clase. Por lo bestia que es, parece honrado sin serlo. No, no discurrió él tan gracioso timo. Ó mucho me engaño, ó esto salió de la cabeza de un novelista que se alimenta con judías.

—El pobre Ido es incapaz...

—De engañar á sabiendas, eso sí. Pero no te quepa duda. La primitiva idea de que ese niño es mi hijo debió de ser suya. La concebí como sospecha, como inspiración artístico-flatulenta, y el otro se dijo: «Pues toma, aquí hay un negocio.» Lo que es á *Platón* no se le ocurre; de eso estoy seguro.

Jacinta, anonadada, quería defender su tema á todo trance.

—Juanín es tu hijo, no me lo niegues—replicó llorando.

—Te juro que no... ¿Cómo quieres que te lo jure?... ¡Ay, Dios mío! ahora se me está ocurriendo que ese pobre niño es el hijo de la hijastra de Izquierdo. ¡Pobre Nicolasa! Se murió de sobreparto. Era una excelente chica. Su niño tiene, con diferencia de tres meses, la misma edad que tendría el mío si viviese.

—¡Si viviese!

—Si viviese... sí... Ya ves cómo te canto claro. Esto quiere decir que no vive.

—No me has hablado nunca de eso—declaró

severamente Jacinta.—Lo último que me constaste fué... qué sé yo... No me gusta recordar esas cosas. Pero se me vienen al pensamiento sin querer. «No la vi más, no supe más de ella; intenté socorrerla y no la pude encontrar.» Á ver, ¿fué esto lo que me dijiste?

—Si, y era la verdad, la pura verdad. Pero más adelante hay otro episodio, del cual no te he hablado nunca, porque no había para qué. Cuando ocurrió, hacia ya un año que estábamos casados; vivíamos en la mejor armonía... Hay ciertas cosas que no se deben decir á una esposa. Por discreta y prudente que sea una mujer, y tú lo eres mucho, siempre alborota algo en tales casos; no se hace cargo de las circunstancias, ni se fija en los móviles de las acciones. Entonces callé, y creo firmemente que hice bien en callar. Lo que pasó no es desfavorable para mí. Podía habértelo dicho; pero ¿y si lo interpretabas mal? Ahora ha llegado la ocasión de contártelo, y veremos qué juicio formas. Lo que sí puedo asegurarte es que ya no hay más. Esto que te voy á decir es el último párrafo de una historia que te he referido por entregas. Y se acabó. Asunto agotado... Pero es tarde, hija mía, nos acostaremos, dormiremos, y mañana...

## VII

—No, no, no—gritó Jacinta más bien airada que impaciente.—Ahora mismo... ¿Crees que yo puedo dormir en esta ansiedad?

—Pues lo que es yo, chiquilla, me acuesto—dijo el Delfín, disponiéndose á hacerlo.—Si crearás tú que te voy á revelar algo que pone los pelos de punta. ¡Si no es nada...! Te lo cuento porque es la prueba de que te han engañado. Veo que pones una cara muy tétrica. Pues si no fuera porque el lance es bastante triste, te diría que te rieras... ¡Te has de quedar más convencida...! Y no te apures por la *plancha*, hija. Ahí tienes lo que las personas sacan de ser demasiado buenas. Los ángeles, como que están acostumbrados á volar, no andan por la tierra sin dar un traspie á cada paso.

Se había acostumbrado de tal modo Jacinta á la idea de hacer suyo á Juanín, de criarle y educarle como hijo, que le lastimaba el sentirlo arrancado de sí por una prueba, por un argumento en que intervenía la aborrecida mujer aquella cuyo nombre quería olvidar. Lo más particular era que seguía queriendo al *Pituso*, y que su cariño y su amor propio se sublevaban contra la idea de arrojarle á la calle. No le abandonaría ya, aunque su marido, su suegra y el

mundo entero se rieran de ella y la tuvieran por loca y ridícula.

—Y ahora—siguió Santa Cruz, muy bien empaquetado entre sus sábanas,—despídete de tu novela, de esa grande invención de dos ingenios: Ido del Sagrario y José Izquierdo... Vamos allá... Lo último que te dije fué...

—Fué que se había marchado de Madrid y que no pudiste averiguar adonde. Esto me lo contaste en Sevilla...

—¡Qué memoria tienes! Pues pasó tiempo, y al año de casados, un día, de repente, plaf... entras tú en mi cuarto y me das una carta.

—¿Yo?

—Sí, una cartita que trajeron para mí. La abro, me quedo así un poco atontado... Me preguntas qué es, y te digo: «Nada, es la madre del pobre Valledor que me pide una recomendación para el alcalde...» Cojo mi sombrero y á la calle.

—¡Volvía á Madrid, te llamaba, te escribía!... —observó Jacinta, sentándose al borde del lecho, la mirada fija, apagada la voz.

—Es decir, hacía que me escribieran, porque la pobrecilla no sabe... «Pues señor, no hay más remedio que ir allá.» Cree que tu pobre marido iba de muy mal humor. No puedes figurarte lo que le molestaba la resurrección de una cosa que creía muerta y desaparecida para siempre. «¿Por dónde saldrá ahora?... ¿Para qué me lla-

mará?» Yo decía también: «De fijo que hay muchacho por en medio.» Esta sucesión me cargaba. «Pero en fin, ¡qué remedio...!» pensaba al subir por aquellas oscuras escaleras. Era una casa de la calle de Hortaleza, al parecer de huéspedes. En el bajo hay tienda de ataúdes. ¿Y qué era? que la infeliz había venido á Madrid con su hijo, con el mío: ¿por qué no decirlo claro? y con un hombre, el cual estaba muy mal de fondos, lo que no tiene nada de particular... Llegar y ponerse malo el pobre niño fué todo uno. Vióse la pobre en un trance muy apurado. ¿A quién acudir? Era natural: á mí. Yo se lo dije: «Has hecho perfectamente...» La más negra era que el garrotillo le cogió al pobrecito nene tan de filo, que cuando yo llegué... te va á dar mucha pena, como me la dió á mí... pues sí, cuando llegué, el pobre niño estaba expirando. Lo que yo le decía al verla hecha un mar de lágrimas: «¿Por qué no me avisaste antes?» Claro, yo habría llevado uno ó dos buenos médicos, y quién sabe, quién sabe si le hubiéramos salvado.

Jacinta callaba. El terror no la dejaba articular palabra.

—¿Y tú no lloraste?—fué lo primero que se le ocurrió decir.

—Te aseguro que pasé un rato... ¡ay, qué rato! ¡Y tener que disimular en casa delante de ti! Aquella noche ibas tú al Real. Yo fui tam-

bién; pero te juro que en mi vida he sentido, como en aquella noche, la tristeza agarrada á mi alma. Tú no te acordarás... No sabías nada.

—Y...

—Y nada más. Le compré la cajita azul más bonita que había en la tienda de abajo, y se le llevó al cementerio en un carro de lujo con dos caballos empenachados, sin más compañía que la del hombre de Fortunata y el marido, ó lo que fuera, de la patrona. En la Red de San Luis, mira lo que son las casualidades, me encontré á mamá... Díjome: «¡Qué pálido estás!»—«Es que vengo de casa de Moreno Vallejo á quien le han cortado hoy la pierna.» En efecto, le habían cortado la pierna, á consecuencia de la caída del caballo. Diciéndolo, miré desaparecer por la calle de la Montera abajo el carro con la cajita azul... ¡Cosas del mundo! Vamos á ver: si yo te hubiera contado esto, ¿no habrían sobrevenido mil disgustos, celos y cuestiones?

—Quizás no—dijo la esposa dando un gran suspiro.—Según lo que venga detrás. ¿Qué pasó después?

—Todo lo que sigue es muy soso. Desde que se dió tierra al pequeñuelo, yo no tenía otro deseo que ver á la madre tomando el portante. Puedes creérmelo: no me interesaba nada. Lo único que sentía era compasión por sus desgracias, y no era floja la de vivir con aquel bárbaro, un tiote grosero que la trataba muy mal y

no la dejaba ni respirar. ¡Pobre mujer! Yo le dije, mientras él estaba en el cementerio: «¿Cómo es que vives con este animal y le aguantas?» Y respondiome: «No tengo más amparo que esta fiera. No le puedo ver; pero el agradecimiento...» Es triste cosa vivir de esta manera, aborreciendo y agradeciendo. Ya ves cuánta desgracia, cuánta miseria hay en este mundo, niña mía... Bueno, pues sigo diciéndote que aquella infeliz pareja me dió la gran jaqueca. El tal, que era mercachifle de estos que ponen puestos en las ferias, pretendía una plaza de contador de la Depositaria de un pueblo. ¡Valiente animal! Me atosigaba con sus exigencias, y aun con amenazas, y no tardé en comprender que lo que quería era sacarme dinero. La pobre Fortunata no me decía nada. Aquel bestia no le permitía que me viera y hablara sin estar él presente, y ella, delante de él, apenas alzaba del suelo los ojos; tan aterrorizada la tenía. Una noche, según me contó la patrona, la quiso matar el muy bruto. ¿Sabes por qué? porque me había mirado. Así lo decía él... Me puedes creer, como esta es noche, que Fortunata no me inspiraba sino lástima. Se había desmejorado mucho de físico, y en lo espiritual no había ganado nada. Estaba flaca, sucia, vestía de pingos que olían mal, y la pobreza, la vida de perros y la compañía de aquel salvaje habíanle quitado gran parte de sus atractivos. A los tres días se me hicieron insoportables las exi-

gencias de la fiera, y me avine á todo. No tuve más remedio que decir: «Al enemigo que huye, puente de plata»; y con tal de verles marchar, no me importaba el sablazo que me dieron. Aflojé los cuartos á condición de que se habían de ir inmediatamente. Y aquí paz y después gloria. Y se acabó mi cuento, niña de mi vida, porque no he vuelto á saber una palabra de aquel respetable tronco, lo que me llena de contento.

Jacinta tenía su mirada engarzada en los dibujos de la colcha. Su marido le tomó una mano y se la apretó mucho. Ella no decía más que «¡Pobre *Pituso*, pobre Juanín!» De repente una idea hirió su mente como un latigazo, sacándola de aquel abatimiento en que estaba. Era la convicción última que se revolvió furiosa en las agonías del vencimiento. No existe nada que se resigne á morir, y el error es quizás lo que con más bravura se defiende de la muerte. Cuando el error se ve amenazado de esa ridiculez á que el lenguaje corriente da el nombre de *plancha*, hace desesperados esfuerzos, azuzado por el amor propio, para prolongar su existencia. De los escombros de sus ilusiones deshechas sacó, pues, Jacinta el último argumento, el último; pero lo esgrimió con brío, quizás por lo mismo que ya no tenía más. «Todo lo que has dicho será verdad, no lo pongo en duda. Pero yo no te digo sino una cosa: ¿Y el parecido?»

Lo mismo fué oír esto el Delfín que partirse de risa.

—¡El parecido! Si no hay tal parecido ni lo puede haber. Sólo existe en tu imaginación. Los chicos de esa edad se parecen siempre á quien quiere el que los mira. Obsérvale bien ahora, examínale las facciones con imparcialidad, pero con imparcialidad y conciencia, ¿sabes?... y si después de esto sigues encontrando parecido, es que hay brujería en ello.

Jacinta le contemplaba en su mente con aquella imparcialidad tan recomendada, y... la verdad... el parecido subsistía... aunque un poquillo borroso y desvaneciéndose por grados. En la desesperación de su inevitable derrota, encontró aún la dama otro argumento:

—Tu mamá también le encontró un gran parecido.

—Porque tú le calentaste la cabeza. Tú y mamá sois dos buenas maniáticas. Yo reconozco que en esta casa hace falta un chiquitín. También yo lo deseo tanto como vosotras; pero esto, hija de mi alma, no se puede ir á buscar á las tiendas, ni lo debe traer Estupiñá debajo de la capa como las cajas de cigarros. El parecido, convéncete, tontuela, no es más que la exaltación de tu pensamiento por causa de esa maldita novela del niño encontrado. Y puedes creerlo: si como historia el caso es falso, como novela es cursi. Si no, fijate en las personas que te han

ayudado al desarrollo de tu obra: Ido del Sarrario, un flatulento; José Izquierdo, un loco de la clase de caballerías; Guillermina, una loca santa, pero loca al fin. Luego viene mamá, que al verte á ti chiflada, se chifla también. Su bondad le obscurece la razón, como á ti, porque sois tan buenas que á veces, créelo, es preciso ataros. No, no te rías; á las personas que son muy buenas, muy buenas, llega un momento en que no hay más remedio que atarlas.

Jacinta se sonreía con tristeza, y su marido le hizo muchas caricias, afanándose por tranquilizarla. Tanto le rogó que se acostara, que al fin accedió á ello.

—Mañana—dijo ella—irás conmigo á verle.

—A quién... ¿al chiquillo de Nicolasa?... ¡Yo!

—Aunque no sea más que por curiosidad... Consideralo como una compra que hemos hecho las dos maniáticas. Si compráramos un perrito, ¿no querías verle?

—Bueno, pues iré. Falta que mamá me deje salir mañana... y bien podría, que este encierro me va cargando ya.

Acostóse Jacinta en su lecho, y al poco rato observó que su esposo dormía. Ella tenía poco sueño y pensaba en lo que acababa de oír. ¡Qué cuadro más triste y qué visión aquella de la miseria humana! También pensó mucho en el *Pituso*. «Se me figura que ahora le quiero más. ¡Pobrecito, tan lindo, tan mono y no parecer-

se...! Pero si yo me confirmo en que se parece... ¡Que es ilusión! ¿Cómo ha de ser ilusión? No me vengan á mí con cuentos. Aquellos plieguecitos de la nariz cuando se rie... aquel entrecejo...» Y así estuvo hasta muy tarde.

El 28 por la mañana, ya de vuelta de misa, entró Barbarita en la alcoba del matrimonio joven á decirles que el día estaba muy bueno, y que el enfermo podía salir bien abrigado. «Os cogéis el coche y os vais á dar una vuelta por el Retiro.» Jacinta no deseaba otra cosa, ni el Delfín tampoco. Sólo que en vez de ir al Retiro, se personaron en casa de Ramón Villuendas. Hallábase éste en el escritorio; pero cuando les vió entrar subió con ellos, deseando presenciar la escena del reconocimiento, que esperaba fuera patética y teatral. Mucho se pasmaron él y Benigna de que Juan viera al pequeñuelo con sosegada indiferencia, sin hacer ninguna demostración de cariño paternal.

—Hola, barbián—dijo Santa Cruz sentándose y cogiendo al chico por ambas manos.—Pues es guapo de veras. Lástima que no sea nuestro... No te apures, mujer; ya vendrá el verdadero *Pituso*, el legítimo, de los propios cosecheros ó de la propia tía Javiera.

Benigna y Ramón miraban á Jacinta.

—Vamos á ver—prosiguió el otro constituyéndose en tribunal.—Vengan ustedes aquí y digan imparcialmente, con toda rectitud

y libertad de juicio, si este chico se parece á mi.

Silencio. Lo rompió Benigna para decir:

—Verdaderamente... yo... nunca encontré tal parecido.

—¿Y tú?—preguntó Juan á Ramón.

—Yo... pues digo lo mismo que Benigna.

Jacinta no sabía disimular su turbación.

—Ustedes dirán lo que quieran... pero yo... Es que no se fijan bien... Y en último caso, vamos á ver, ¿me negarán que es monísimo?

—¡Ah! eso no... y que tiene que ser un gran pillete. Tiene á quien salir. Su padre fué primero empleado en el *gas*; después punto figurado en la casa de juego del *pulpitillo*.

—¡Punto figurado! ¿Y qué es eso?

—¡Oh! una gran posición... El papá de este niño, si no me engaño, debe de estar ahora tomando aires en Ceuta.

—Eso, eso no—indicó Jacinta con rabia.—¿También quieres tú infamar á mi niño? Dámelo acá... ¿No es verdad, hijo, que tu papá no...?

Todos se echaron á reír. Consolábase ella de su desairada situación besándole y diciendo:

—Mirad cómo me quiere. Pues no, no le abandono, aunque lo mande quien lo mande. Es mío.

—Como que te ha costado tu dinero.

## VIII

El chico le echó los brazos al cuello y miró á los demás con rencor, como indignado de la nota infamante que se quería arrojar sobre su estirpe. Los otros niños se le llevaron para jugar, no sin que antes le hiciera Jacinta muchas carantoñas, por lo cual dijo Benigna que no *debía darle tan fuerte*.

—Cállate tú... Digo que no le abandono. Me le llevaré á casa.

—¿Estás loca?—insinuó el Delfín con severidad.

—No, que estoy bien cuerda.

—Vamos, ten discreción... No digo yo tampoco que se le eche á la calle; pero en el Hospicio, bien recomendado, no lo pasaría mal.

—¡En el Hospicio!—exclamó Jacinta con la cara muy encendida;—¡para que me le manden á los entierros... y le den de comer aquellas bazofias...!

—¿Pero tú qué crees? Eres una criatura. ¿De dónde sacas que así se toman niños ajenos? Chica, chica, estás en pleno romanticismo.

Benigna y su marido manifestaron con enérgicos signos de cabeza que aquello del romanticismo estaba muy bien dicho.

—Pero si yo también le quiero proteger—

afirmó Juan apreciando los sentimientos de su mujer y disculpando su exageración.—Ha sido una suerte para él haber caído en nuestras manos, librándose de las de Izquierdo. Pero no disloquemos las ideas. Una cosa es protegerle y otra llevárnosle á casa. Aunque yo quisiera darte ese gusto, falta que mi padre lo consintiera. Tus buenos sentimientos te hacen delirar, ¿verdad, Benigna? Yo le he dicho que á las personas muy buenas, muy buenas, es menester atarlas algunas veces. Esta es un ángel, y los ángeles caen en la tontería de creer que el mundo es el cielo. El mundo no es el cielo, ¿verdad, Ramón?, y nuestras acciones no pueden ser basadas en el criterio angelical. Si todo lo que piensan y sienten los ángeles, como mi mujer, se llevara á la práctica, la vida sería imposible, absolutamente imposible. Nuestras ideas deben inspirarse en las ideas generales, que son el ambiente moral en que vivimos. Yo bien sé que se debe aspirar á la perfección, pero no dando de puntapiés á la armonía del mundo, ¡pues bueno estaría!... á la armonía del mundo, que es... para que lo sepas... un grandioso mecanismo de imperfecciones, admirablemente equilibradas y combinadas. Vamos á ver: ¿te he convencido, sí ó no?

—Así, así—replicó Jacinta muy triste, un poco aturdida por las paradojas de su marido. Jacinta tenía idea tan alta de los talentos y de

las sabias lecturas del Delfin, que rara vez dejaba de doblegarse ante ellas, aunque en su fuero interno guardase algunos juicios independientes que la modestia y la subordinación no le permitían manifestar. No habían transcurrido diez segundos después de aquel *así, así*, cuando se oyó una gran chillería. «¿Qué es, qué hay?» ¡Qué había de ser sino alguna barbaridad de Juanín! Así lo comprendió Benigna, corriendo alarmada al comedor, de donde el temeroso estrépito venía.

—¡Bien por los chicos valientes!—dijo Santa Cruz, á punto que Ramón Villuendas se despedía para bajar al escritorio. Jacinta corrió al comedor y á poco volvió aterrada.

—¿No sabes lo que ha hecho? Había en el comedor una bandeja de arroz con leche. Juanín se sube sobre una silla y empieza á coger el arroz con leche á puñados... así, así, y después de hartarse, lo tira por el suelo y se limpia las manos en las cortinas.

Oyóse la voz de Benigna, hecha una furia: «Te voy á matar... ¡indecente, cafre!» Los demás chicos aparecieron chillando. Jacinta les regañó: «Pero vosotros, tontainas, ¿no veáis lo que estaba haciendo? ¿Por qué no avisasteis? ¿Es que le dejáis enredar para después reiros y armar estos alborotos?»

—Mujer: llévate, llévate de una vez de mi casa este cachorro de tigre—dijo Benigna, en-

trando muy soliviantada.—¡Virgen del Carmen, mi bandeja de arroz con leche!

Los chicos de Villuendas saltaban gozosos.

—Vosotros tenéis la culpa, bobones; vosotros que le azuzáis—dijoles la tiita, que en alguien tenía que descargar su enfado.

—Tú le tienes que lavar—manifestó Benigna, sin cejar en su cólera;—tú, tú. ¡Cómo me ha puesto las cortinas!

—Bueno; mujer; le lavaré. No te apures.

—Y vestirle de limpio. Yo no puedo. Bastante tengo con los míos... Y nada más.

—Vaya, no alborotes tanto, que todo ello es poca cosa.

Jacinta y su marido fueron al comedor, donde le encontraron hecho un adefesio, cara, manos y vestido llenos de aquella pringue.

—Bien, bien por los hombres bravos—gritó Juan en presencia de la fiera.—Mano al arroz con leche. Me hace gracia este muchacho.

—Te voy á matar, pillo—le dijo su mamá adoptiva, arrodillándose ante él y conteniendo la risa.—Te has puesto bonito... Verás qué jabonadura te vas á llevar.

Mientras duró el lavatorio, los Villuendas chicos se enracimaban en torno á su tiito, subiéndosele á las rodillas y colgándosele de los brazos para contarle las grandes cochinadas que hacía el bruto de Juanín. No sólo se comía las velas, sino que lamía los platos, y *dimpués*... tiraba

los tenedores al suelo. Cuando su papá Ramón le reprendía, le enseñaba la lengua, diciendo *hostias* y otras *ixprisiones* feas, y *dimpués*... hacía una cosa muy indecente, ¡vaya!, que era levantarse el vestido por detrás, dar media vuelta echándose á reir y enseñar el culito.

Santa Cruz no podía permanecer serio. Volvió al fin Jacinta, trayendo de la mano al delincuente, ya lavado y vestido de limpio, y á poco entró Benigna completamente aplacada, y encarándose con su cuñado, le dijo con la mayor seriedad: «¿Tienes ahí un duro? No tengo suelto.» Juan se apresuró á sacar el duro, y en el mismo momento en que lo ponía en la mano de Benigna, Jacinta y los chicos soltaron una carcajada. Santa Cruz cayó de su burro.

—Me la has dado, chica. No me acordaba de que es hoy día de Inocentes. Buena ha sido, buena. Ya me extrañó á mí un poco que en esta casa del dinero no hubiera suelto.

—Tomad—dijo Benigna á los niños,—vuestro tiito os convida á dulces.

—Para inocentadas—indicó Juan riendo,—la que nos ha querido dar mi mujer.

—A mí no—replicó Benigna.—Aquí hemos hablado mucho de esto, y la verdad, él podría ser auténtico; pero la tostada del parecido no la encontrábamos. Y pues resulta que esta preciosa fierecita no es de la familia... yo me alegro, y pido que me hagan el favor de quitár-

mela de casa. Bastantes jaquecas me dan las mías.

Jacinta y su marido le rogaron al retirarse que le tuviese un día más. Ya decidirían.

Cosas muy crueles había de oír Jacinta aquel día, pero de cuanto oyó nada le causara tanto asombro y descorazonamiento como estas palabras que Barbarita le dijo al oído:

—Baldomero está incomodado con tu bromazo. Juan le habló claro. No hay tal hijo ni á cien mil leguas. La verdad, tú te precipitaste; y en cuanto al parecido... Hablando con franqueza, hija, no se parece nada, pero nada.

Era lo que le quedaba que oír á Jacinta.

—Pero usted... ¡por la Virgen santísima! también... —atrevióse á decir cuando el espanto se lo permitió;—también usted creyó...

—Es que se me pegaron tus ilusiones—replicó la suegra esforzándose en disculpar su error. —Dice Juan que es manía; yo lo llamo ilusión, y las ilusiones se pegan como las viruelas. Las ideas fijas son contagiosas. Por eso, mira tú: por eso tengo yo tanto miedo á los locos y me asusto tanto de verme á su lado. Es que cuando alguno está cerca de mí y se pone á hacer visajes, me pongo también yo á hacer lo mismo. Somos monos de imitación... Pues sí, convéncete, lo del parecido es ilusión, y las dos... lo diré muy bajito, las dos hemos hecho una soberbia plancha. ¿Y ahora, qué hacer? No

se te pase por la cabeza traerle aquí. Baldomero no lo consiente, y tiene mucha razón. Yo... si he de decirte la verdad, le he tomado cariño. ¡Ay! sus salvajadas me divierten. ¡Es tan mono! ¡Qué ojitos aquellos! ¿pues y los plieguecitos de la nariz... y aquella boca, aquellos labios?; el piquito que hace con los labios, sobre todo. Ven acá y verás el nacimiento que le compré.

Llevó á Jacinta á su cuarto de vestir, y después de mostrarle el nacimiento, le dijo: «Aquí hay más contrabando. Mira. Esta mañana fui á las tiendas, y... aquí tienes: medias de color, un traje de punto, azul, á estilo inglés. Mira la gorra, que dice *Numancia*. Este es un capricho que yo tenía. Estará saladísimo. Te juro que si no le veo con el letrero en la frente voy á tener un disgusto.»

Jacinta oyó y vió esto con melancolía.

—¡Si supiera usted lo que hizo esta mañana!—dijo, y contó el lance del arroz con leche.

—¡Ay, Dios mío, qué gracioso!... Es para comérselo... Yo, te digo la verdad: le traería á casa si no fuera porque á Baldomero y á Juan no les gustan estos tapujos... ¡Ay! de veras te lo digo. No puede una vivir sin tener algún ser pequeñito á quien adorar. ¡Hija de mi alma! es una gran desgracia para todos que tú no nos des algo.

A Jacinta se le clavó esta frase en el corazón, y estuvo temblando un rato en él y agrandan-

do la herida, como sucede con las flechas que no se han clavado bien.

—Pues sí, esta casa es muy... muy sozona. Le falta una criatura que chille y alborote, que haga diabluras, que nos traiga á todos mareados. Cuando le hablo de esto á Baldomero, se ríe de mí; pero bien se le conoce que es hombre dispuesto á andar por esos suelos á cuatro pies, con los chicos á la pela.

—Puesto que Benigna no le quiere tener—dijo la nuera,—ni es posible tampoco tenerle aquí, le pondremos en casa de Candelaria. Yo le pasaré un tanto al mes á mi hermana para que el huésped no sea una carga pesada...

—Me parece muy bien pensado, pero muy bien pensado. Estás como las gatas paridas, escondiendo las crías hoy aquí, mañana allá.

—¿Y qué remedio hay?... Porque lo que es al Hospicio no va. Eso que no lo piensen... ¡Qué cosas se le ocurren á mi marido! Ya, como á él no le han hecho ir nunca á los entierros, pisando lodos, aguantando la lluvia y el frío, le parece muy natural que el otro pobrecito se crie entre ataúdes... Sí, está fresco.

—Yo me encargo de pagarle la pensión en casa de Candelaria—dijo Barbarita, secreteándose con su hija como los chiquillos que están concertando una travesura.—Me parece que debo empezar por comprarle una camita. ¿A ti qué te parece?

Replicó la otra que le parecía muy bien, y se consoló mucho con esta conversación, dándose á forjar planes y á imaginar goces maternales. Pero quiso su mala suerte que aquel mismo día ó el próximo cortase el vuelo de su mente D. Baldomero, el cual la llamó á su despacho para echarle el siguiente sermón:

«Querida: me ha dicho Bárbara que estás muy confusa por no saber qué hacer con ese muchacho. No te apures; todo se arreglará. Porque tú te ofuscaras, no vamos á echarle á la calle. Para otra vez, bueno será que no te dejes llevar de tu buen corazón... tan á paso de carga, porque todo debe moderarse, hija, hasta los impulsos sublimes... Dice Juan, y está muy en lo justo, que los procedimientos angelicales trastornan la sociedad. Como nos empeñemos todos en ser perfectos, no nos podremos aguantar unos á otros, y habría que andar á bofetadas... Bueno, pues te decía que ese pobre niño queda bajo mi protección; pero no vendrá á esta casa, porque sería indecoroso, ni á la casa de ninguna persona de la familia, porque parecería tapujo.»

No estaba conforme con estas ideas Jacinta; pero el respeto que su padre político le inspiraba le quitó el resuello, imposibilitándola de expresar lo mucho y bueno que se le ocurría.

«Por consiguiente—prosiguió el respetable señor tomándole á su nuera las dos manos,—

ese caballerito que compraste será puesto en el asilo de Guillermina... No hay que fruncir las cejas. Allí estará como en la gloria. Ya he hablado con la santa. Yo le pensiono, para que se le dé educación y una crianza conveniente. Aprenderá un oficio, y quién sabe, quién sabe si una carrera. Todo está en que saque disposición. Parece que no te entusiasmas con mi idea. Pero reflexiona un poquito y verás que no hay otro camino... Allí estará tan ricamente, bien comido, bien abrigado... Ayer le di á Guillermina cuatro piezas de paño del Reino para que les haga chaquetas. Verás qué guapines les va á poner. ¡Y que no les llenan bien la barriga, en gracia de Dios! Observa, si no, los cachetes que tienen, y aquellos colores de manzana. Ya quisieran muchos niños, cuyos papás gastan levita y cuyas mamás se zarandean por ahí, estar tan lucios y bien apañados como están los de Guillermina.»

Jacinta se iba convenciendo, y cada vez sentía menos fuerza para oponerse á las razones de aquel excelente hombre.

«Sí; aquí donde me ves—agregó Santa Cruz con jovialidad,—yo también le tengo cariño á ese muñeco... quiero decir que no me libré del contagio de vuestra manía de meter chicos en esta casa. Cuando Bárbara me lo dijo, estaba ella tan creída de que era mi nieto, que yo también me lo tragué. Verdad que exigí pruebas...

pero mientras venían las tales pruebas, perdí la chaveta... ¡cosas de viejo! y estuve todo aquel día haciendo catálogos. Yo procuraba no darle mucha cuerda á Bárbara, ni dejarme arrastrar por ella, y me decía: «Tengamos serenidad y no chocheemos hasta ver...» Pero pensando en ello, te lo digo ahora en confianza, salí á la calle, me reía solo, y sin saber lo que me hacía, me metí en el Bazar de la Unión y...»

Don Baldomero, acentuando más su sonrisa paternal, abrió una gaveta de su mesa y sacó un objeto envuelto en papeles.

«Y le compré esto... Es un acordeón. Pensaba dárselo cuando lo trajerais á casa... Verás qué instrumento tan bonito y qué buenas voces... veinticuatro reales.»

Cogiendo el acordeón por las dos tapas, empezó á estirarlo y á encogerlo, haciendo *sin sán* repetidas veces. Jacinta se reía, y al propio tiempo se le escaparon dos lágrimas. Entró entonces de improviso Barbarita, diciendo: «¿Qué música es esta?... A ver, á ver.»

—Nada, querida—declaró el buen señor acusándose francamente.—Que á mí también se me fué el santo al Cielo. No lo quería decir. Cuando tú me saliste con que lo del nieto era una novela, *sin sán*, me dió la idea de tirar esta música á la calle, sin que nadie la viera; pero ya que se compró para él, *sin sán*, que la disfrute... ¿no os parece?

—A ver, dame acá—indicó Barbarita contentísima, ansiosa de tañer el pueril instrumento. —¡Ah! calavera, así me gastas el dinero en vicios. Dámelo... lo tocaré yo... *flán flán*... ¡Ay! no sé qué tiene esto... ¡da un gusto oírlo! Parece que alegra toda la casa.

Y salió tocando por los pasillos y diciendo á Jacinta: «Bonito juguete... ¿verdad? Ponte la mantilla, que ahora mismo vamos á llevárselo, *flán flán*...»

## XI

Final, que viene á ser principio.

## I

Quien manda, manda. Resolvióse la cuestión del *Pituso* conforme á lo dispuesto por D. Baldomero, y la propia Guillermina se lo llevó una mañanita á su asilo, donde quedó instalado. Iba Jacinta á verle muy á menudo, y su suegra la acompañaba casi siempre. El niño estaba tan mimado, que la fundadora del establecimiento tuvo que tomar cartas en el asunto, amonestando severamente á sus amigas y cerrándoles la puerta no pocas veces. En los últimos días de aquel infausto año, entráronle á Jacinta melancolías, y no era para menos, pues el desairado y risible desenlace de la novela *Pitusiana* hubiera abatido al más pintado. Vinieron luego otras cosillas, menudencias si se quiere, pero como caían sobre un espíritu ya quebrantado, resultaban con mayor pesadumbre de la que por sí tenían. Porque Juan, desde que se puso bueno y tomó calle, dejó de estar tan expansivo, sobón y dengoso como en los días del encierro, y se acabaron aquellas escenas nocturnas en que la confianza imitaba el lenguaje de la inocen-